

DIEGO MELAMED

IRSE

*Cómo y por qué los argentinos
se están yendo del país*

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Prólogo, por Mario Diamant	9
Introducción	13

DE LA IMPOTENCIA A LA FANTASÍA

Poder 0 (No poder)	19
Eligiendo tocar fondo	26
Una luz en la oscuridad	29
Un mapa a medida	39

UNA BRÚJULA PARA LOS SUEÑOS

Aventura forzada	51
Sobran las razones, para irse y para quedarse	59
El corazón del progreso	65
El rumbo de Chacho	68
El riesgo país y la devaluación nacional	70
Una mochila con datos	79

ARGENTINA NOS PIERDE

Volver a empezar	93
Vivir en una película	107
Los locos del Adams	116
La sombra de la ilegalidad	121
Trabaja y estudia	135
Poder I (Encontrar el Norte)	143
Renacer	151
El segundo tiempo	157
Buscar un techo	165
Little Argentina	168

El horizonte más lejano	189
La Argentina dorada	193

PARTO CON DOLOR

Poder II (El voto valija)	201
Canjear problemas	209
Volver	222
¿Cuándo nos vamos?	230

ANEXO

Sitios I	237
Australia y Nueva Zelanda	237
Brasil	238
Canadá	238
España	239
Estados Unidos	240
Italia	242
Sitios II	244
España	244
Estados Unidos	245
Italia	246
Botiquín virtual	246
Alemania	247
Australia	248
Brasil	248
Canadá	248
Francia	249
Israel	249
México	249
Nueva Zelanda	249
Reino Unido	250
Suecia	250
Agradecimientos	251

Prólogo

La inmigración es siempre un proceso traumático. No importa si se realiza en condiciones de opulencia o indigencia, si es motivada por razones políticas o si se trata de un recurso extremo y desesperado para salvar la vida, hay algo esencialmente desgarrador en la decisión de abandonar lo propio, lo familiar, lo conocido, para radicarse en una realidad ajena.

Nadie emigra por placer. Si bien en el acto de partir con el propósito de empezar de nuevo hay implícita una esperanza, la nueva realidad raramente satisface. Todo resulta raro, foráneo, hostil. Los lugares no tienen resonancia, la gente parece distante, las costumbres resultan extrañas y uno se encuentra un buen día evocando melancólicamente lo que dejó atrás sin recordar las razones que lo impulsaron a irse.

El primer gran síntoma es la indiferencia. Como no existe una historia común con ese nuevo mundo, nada de lo que le sucede importa. Por optimista que se sea, es difícil sustraerse a la apatía que empuja a establecer una relación meramente utilitaria con el país adoptivo. Por necesidad, uno se junta con los que se parecen a uno y pasa de la normalidad al ghetto, de la mayoría a la minoría.

Desde fines del siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, la Argentina fue un país de inmigración. Cuando declaró su independencia, en 1816, aproximadamente medio millón de personas habitaban en las provincias del Río de la Plata.

La realidad de que la nueva nación ocupaba un extenso territorio escasamente poblado no escapó a los revolucionarios de la Primera Junta, quienes lanzaron una invitación "a los ingleses, portugueses y otros extranjeros no en guerra con nosotros" para que vinieran a la Argentina.

En 1812, Rivadavia prometió "pleno disfrute de todos los derechos extendidos al hombre en la sociedad" para todos aquellos inmigrantes que desearan establecerse en la Argentina, y en 1852 Juan Bautista Alberdi sentenció: "En América, gobernar es poblar".

El 19 de octubre de 1876, bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda, el Congreso aprobó la Ley de Inmigración y Colonización, la cual, durante el medio siglo siguiente, definiría la composición y el carácter de la sociedad argentina.

Fuera de los Estados Unidos, la Argentina fue el único país de América cuya población se constituyó esencialmente con los aportes de la inmigración masiva. Hacia 1930, cuando el golpe militar del general Uriburu puso fin a setenta años de continuidad constitucional, el ingreso per cápita de los argentinos era el octavo del mundo, superior al de España y ligeramente inferior al de Italia.

En 1869 la población argentina era de 1.800.000 habitantes. Entre 1880 y 1905, la inmigración neta fue de 2.827.800. En el momento en que comenzaba la Primera Guerra Mundial, el 30 por ciento de la población argentina era extranjera, una proporción dos veces mayor que la más alta alcanzada por los Estados Unidos.

A fines de la primera década del siglo XX, el vizconde James Bryce, un escritor y viajero británico, visitó la Argentina y quedó maravillado. En su libro *América del Sur: observaciones e impresiones*, proclamó que en una generación la Argentina tomaría su lugar entre Francia, España e Italia y se convertiría en “cabeza y campeona de las razas latinas en el Nuevo Mundo”.

Setenta años más tarde, en 1978, la revista inglesa *The New Statesman* admitía que “el fracaso de la Argentina como nación constituye el mayor misterio político de este siglo”.

La primera gran emigración argentina fue esencialmente política y se produjo durante los años de la dictadura militar que gobernó el país entre 1976 y 1983. Con el retorno de la democracia, muchos de los emigrados regresaron para encontrarse con una realidad que volvía a decepcionarlos.

La segunda gran emigración argentina está sucediendo en estos días y su causa es esencialmente económica. Como Diego Melamed lo describe con tanta penetración como crudeza, argentinos de todas las edades se ven obligados a marcharse ante la imposibilidad de ganar lo suficiente y vislumbrar un futuro para ellos o para sus hijos en su propio país.

La actual no es la peor crisis económica que haya atravesado el país ni se trata de la situación objetivamente más intolerable. Pero hay algo que distingue el momento presente y es una sensación generalizada de que la esperanza se ha agotado a la par de los recursos.

La crisis argentina es, por sobre todo, una crisis de fe en el

liderazgo. Nadie cree verdaderamente que los dirigentes actuales tengan la capacidad de remontar la situación pero, más grave aún, nadie cree que exista una alternativa.

El país está sumido en la desesperanza porque de Alfonsín a De la Rúa y, en particular, durante la década de gobierno menemista, los argentinos vieron desmoronarse una tras otra todas las promesas de recuperación.

No es cierto que el país “no da para más”, pero la gente está convencida de que no da para más y sólo ve una salida a través de las puertas de embarque de Ezeiza.

En su traumatismo, la inmigración es capaz de revelarnos recursos insospechados. Muchos se asombran de que aquellos que emigran estén dispuestos a hacer afuera aquello que jamás se hubieran atrevido a hacer en sus países. Generalmente ilegales, los nuevos inmigrantes aceptan trabajar horarios desmesurados por una paga de menoscabo en tareas que por lo común están por debajo de su capacidad.

Muchos reflexionan que si en lugar de irse la gente pusiera esa misma resolución, esa misma disposición y esa misma voluntad de aceptar cualquier cosa a cualquier precio, el país saldría adelante. Pero esto es una falacia.

La inmigración implica habitualmente anonimato, lo cual libera de la necesidad de aparentar posición, estatus o pertenencia a un determinado nivel social. El inmigrante se ha transplantado con el objeto de sobrevivir, pero también de progresar económicamente, y por un tiempo aceptará pagar el precio que esto demanda.

Al hacerlo sabe o confía en que al final del camino hay una luz de esperanza o que, por lo menos, sus hijos tendrán la oportunidad que a ellos les fue negada.

Ésta es la fuerza secreta de la inmigración y ésta es la clave de su éxito.

Los argentinos tuvimos ese ejemplo en nuestros padres y abuelos. Ahora, dolorosamente, muchos están ensayando ese mismo camino pero en la ruta inversa.

*Mario Diament,
Miami, septiembre de 2001*